

buena direccion ; algunos otros militares seguirán nuestro ejemplo , y si morimos nuestra sangre pedirá y obtendrá venganza. *Vamos á batirnos.*

—¿Y esta órden del capitan general Negrete?

—Esta órden es una perfidia ó una cobardía por lo menos. *Vamos á batirnos, á batirnos. Es preciso morir.*

Al pronunciar el jóven artillero estas palabras , que nos ha conservado la historia , se oyeron algunos tiros de fusil : Velarde se levantó al momento , cogió el fusil de un ordenanza , y acompañado de otro y del escribiente meritorio D. Manuel Almira , se dirigió al cuartel del regimiento de infanteria voluntarios del Estado , que estaba en la misma calle , con el objeto de hacerle tomar parte. Todos los grupos de paisanos que encontraban al jóven Velarde le seguian inmediatamente , contentos de encontrar un gefe tan entendido y tan bizarro.

Llegó á la puerta del cuartel dando vivas á *Fernando VII* y á *España* , cuya aclamacion repetia la entusiasmada muchedumbre , y dirigiéndose al coronel le dijo :

—Mi coronel , es necesario que V. S. me conceda una compañía.

—¿Para qué , señor capitan? replicó el gefe.

—Para apoderarme en el momento del Parque de artillería.

—¿Del Parque, señor capitán?

—¿No sabe V. S., mi coronel, que hay en el Parque una guardia francesa?

—Lo sé.

—¿Y no sabe V. S. que el vecindario de Madrid ha dado el grito de guerra á muerte contra el opresor?

—Tambien lo sé.

—¿Y no siente V. S. arder su sangre al ver este pueblo entusiasta que combate por su independencia y por el rey Fernando VII?

—La siento arder, señor capitán.

—¿Pues en qué se detiene V. S.

—Me detiene la disciplina. Tengo orden del capitán general de Madrid para no dejar salir un soldado.

—¿Y está V. S. resuelto á cumplirla?

—Es mi deber.

Velarde se dirigió al pueblo, y con voz tonante le dijo:

—Compañeros, el coronel del regimiento voluntarios del Estado se niega á concedernos un auxilio: amigos míos, vamos al Parque; si somos pocos para tomarlo, somos bastantes para morir, y mayor será nuestra gloria.

A estas palabras de Velarde se levantó un sordo murmullo entre los soldados, que de-

seaban unirse á las filas del pueblo , y el coronel creyó prudente no exasperarlos por temor de una insurreccion , y dirigiéndose al artillero

—Señor capitán , le dijo, sé que faltó terminantemente á las órdenes recibidas , pero no quiero que V. dude de mi amor al rey y á la patria. Tendrá V. lo que me ha pedido.

—Lo agradezco , mi coronel; replicó Velarde con júbilo.

Siguiendo las órdenes del coronel tomó las armas la tercera compañía del segundo batallón con solas treinta y tres plazas de fusil y al mando del capitán D. Rafael Goicoechea, los tenientes D. José Ontoria y D. Jacinto Ruiz , y el subteniente D. Tomás Burguesa.

Ufano con este refuerzo , se dirigió Velarde al Parque , que estaba entonces situado en el barrio de las Maravillas , calle de San José, y en una antigua y estensa casa llamada de Monteleon , por algunas partes ruïnosa y de ningun modo á propósito para una mediana defensa. Llegó el intrépido capitán á la inmediacion de este edificio , seguido de muchos paisanos y de la escasa compañía , encontró su puerta cerrada y algunos grupos que gritaban manifestándose descontentos.

—¿ Qué quieren Vds. , amigos míos? les preguntó Velarde.



—Armas : respondieron todos á la vez.

—Quizás en el Parque habrá algunas.

—Las hemos pedido con instancia y no nos han dado respuesta. Aquí mandará algun traidor.

—¡ Silencio ! exclamó Pedro Velarde con un ademan imperioso. Muy pronto admirarán Vds. las traiciones de Luis Daoiz.

—¿ Quién llama ? preguntó un artillero.

—El capitan D. Pedro Velarde.

El artillero se acercó á Luis que continuaba paseándose , y le dijo :

—Mi capitan , D. Pedro Velarde está en la puerta.

Daoiz no replicó al artillero , pero dirigiéndose á la puerta describió el cerrojo y estrechó en sus brazos á Velarde , que entró seguido solamente del intrépido teniente Ruiz.

—Aconséjame , hermano mio , dijo Daoiz á su compañero.

—Déjame obrar , replicó Velarde , que los momentos son preciosos.

Y dirigiéndose al parage que ocupaba la guardia francesa , acompañado solamente de Ruiz , dijo á su comandante :

—Capitan , entregue V. la espada,

El capitan se quedó mirando con mezcla de estupor y asombro ; y murmuró.

—Entregar la espada...



—V. y todos sus soldados, añadió Velarde con arrogancia, son mis prisioneros de guerra.

—¿Prisioneros de guerra? nunca. Los soldados de Napoleon no se rinden tan fácilmente.

—Los soldados de Napoleon, replicó Velarde con calma, serán pasados á cuchillo si oponen la menor resistencia.

El capitán francés vaciló, y Velarde prosiguió con el mismo tono.

—Estan en la puerta del Parque los voluntarios del Estado y un gran número de paisanos: á mi voz pasarán el umbral, y los soldados de Napoleon serán pasados á cuchillo.

El francés entregó la espada, los demás oficiales le imitaron y la tropa formó pabellones. Velarde devolvió sus espadas á los oficiales prisioneros, los hizo marchar al frente de sus soldados, y encerrándolos en unas cocheras vino á reunirse con Daoiz, que lo contemplaba admirado.

—¿Qué te ha parecido mi hazaña? preguntó Velarde á su amigo.

—Digna de tí.

—Pues es preciso que hagas tú lo demás, Daoiz.

—¿Qué puedo hacer.

—Armar al pueblo y prepararte á pelear.

Luis miró fijamente á su amigo, despues al pliego que tenia en la mano, y replicó con amargura.

—Tengo órden de no blandir la espada contra el ejército francés.

—Y yo tambien tengo la desgracia de no encontrar quien me comprenda. Presento mis planes á Ofarril, los admira y no los aprovecha: hablo á Falcon y no me sigue: el coronel de voluntarios del Estado á duras penas me concede una treintena de vatientes; y para colmo de desdicha tú mismo, Luis, no me secundas.

—Soy el comandante de este puesto: el capitan general me manda que no desenvaine la espada; la ordenanza me preceptúa que no me separe de sus órdenes: ¿qué debo hacer en tal conflicto?

Velarde le volvió la espalda diciéndole con sangre fria.

—Buscaré la muerte en otra parte.

—¿Tú vas á morir?

—Sí, Daoiz. En el alma de Pedro Velarde ha encontrado cabida el valor que hace poco tiempo huyó de la tuya.

—¿Me llamas cobarde?

—O traidor.

Luis no pudo mas contenerse; corrió á la puerta fuera de sí, abrió sus hojas con es-

truendo , y haciendo menudos pedazos la órden , que motivó su indecision , gritó con voz firme y sonora.

— ¡ Viva , viva Fernando VII !

Velarde , loco de alegría , se arrojó en los brazos de su amigo , y dirigiéndose á la muchedumbre , exclamó.

— ¡ Estas son , compañeros , las traiciones de Luis Daoiz.

— ¿ Me creian traidor ?

— Sí , amigo mio ; pero pronto te creerán un héroe. Tú eres mas antiguo que yo , y por lo tanto el gefe : manda y Velarde te obedecerá.

Luis se habia transformado en un punto. Su frente abatida se alzaba con imponente magestad ; sus ojos mústios destellaban , y su voz vibrante parecia el eco sonoro de un clarin. No era ya el amante de Elisa , meditabundo y agoviado bajo el peso de sus dolores , era el cadete de Segovia , bizarro tirador de esgrima : el subteniente de artilleria valiente y entendido defensor de las plazas de Ceuta y Orán : el teniente de la misma arma , del ejército de Cataluña : el comandante de la tartana cañonera número 5 , que se halló en la defensa del bloqueo de Cádiz y en el glorioso ataque de las lanchas españolas contra el navío inglés *Poderoso* : el que á bordo del





navio español San Ildefonso dió dos veces vuelta al Continente é islas de América, haciendo importantes servicios como marino y artillero, ascendiendo al grado inmediato: el que habló el veinte y tres de marzo con tanto fuego en el café: el que arrebató á Joaquin Murat el ramillete de una dama; el que le provocó en el baile: el que se batió con él á muerte: el Luis Daoiz del Dos de Mayo, á la vez soldado y capitán.

Abiertas las puertas del Parque penetró en él la muchedumbre entusiasmada y satisfecha. Daoiz y Velarde la entregaron los fusiles de los franceses, y procedieron á tomar todas las medidas oportunas para una obstinada defensa.

Al registrar los almacenes solo se encontraron diez cartuchos de cañon hechos; y mientras se presentaban los franceses se ocuparon los artilleros en preparar las escasísimas municiones de que pudieron disponer. Nuestra artillería consistia en nueve piezas de cañon, cinco de á ocho y cuatro montadas, y los artilleros, como hemos dicho en otro lugar, eran 14; pero el pueblo debia suplir cuando llegase la ocasion.

Por órden de los capitanes se colocaron dos cañones detrás de las puertas cerradas, enfilando la calle de San Pedro la Nueva, y los voluntarios del Estado se parapetaron en las

ventanas para hacer un fuego mas certero y con menos esposicion.

Tomadas estas disposiciones vieron llegar un destacamento francés, mandado por un oficial, que retrocedió á los primeros tiros disparados desde las ventanas; pero al poco tiempo se adelantó por la calle de San Pedro la Nueva una gruesa columna francesa, á las órdenes del general Lefranc con sus gastadores á la cabeza. La columna siguió adelantando, sin que nadie la incomodase, y los gastadores pudieron descargar sus hachas sobre las puertas del edificio. El altivo general francés oyó resonar aquellos golpes con un júbilo extraordinario, mas fueron contestados en breve por la denotacion de las dos piezas cargadas á metralla, la que pasando los tableros diezmó las filas enemigas, obligando al general francés á retirarse velozmente, abandonando sus heridos, y dejando sembrado el campo de mutilados y de muertos.

Ahuyentado el general francés, conocieron Daoiz y Velarde que los sitiarian nuevas tropas, y no descuidaron los medios de oponer heroica resistencia. Sacaron, pues, cuatro cañones arrastrados por los paisanos, y procedieron á colocarlos en los puntos mas convenientes. Asestaron uno de ellos en la confluencia de las cuatro calles que están al es-

tremo superior de la de San José, otro enfilando la calle de San Pedro la Nueva, dirigiendo los dos restantes hácia la Ancha de San Bernardo, punto por el que esperaban viniese la principal acometida.

Entre tanto Joaquin Murat permanecia como hemos dicho, en la cuesta de San Vicente, y por medio de sus edecanes comunicaba terribles órdenes á las divisiones de su ejército. Acababa de recibir noticias de las columnas que avanzaban por las calles de Alcalá, Mayor y Carrera de San Gerónimo, y se daba mil parabienes por el buen éxito de su plan, cuando llegó á toda carrera un oficial de estado mayor perteneciente á la brigada de Lefranc. Al verlo venir el gran duque dió muestras de vivo placer, y adelantándose á su encuentro le dijo:

—¿Me traireis la noticia de haber ocupado ya el Parque?

—Monseñor, replicó el oficial confuso, vengo á decir á V. A. que ha retrocedido la columna en una completa derrota.

—¿Es posible?

—Monseñor, es cierto.

—Cobardes han sido ó traidores.

—No han sido cobardes, monseñor, ni muchísimo menos traidores los que han deramado su sangre y alfombran la calle de



San Pedro con sus mutilados cadáveres.

—Dadme pormenores.

—Nos adelantábamos, monseñor, en buen orden y á paso de carga hácia el Parque de artillería, segun las órdenes de V. A. : llegados á su inmediacion encontramos las puertas cerradas, y se adelantaron nuestros gastadores para derribarlas á golpes; sus terribles hachas resonaron sobre los tableros de pino, mas las respondió un ronco estruendo, y un ancho torrente de metralla cayendo sobre nuestras filas diezmó como por ensalmo. En este estado, monseñor, creyó el general Lefranc prudente no sacrificar sus soldados en inútiles acometidas, y me envió á que noticiase á V. A. el estado de los negocios.

Murat se quedó pensativo, miró á los demas generales, y preguntó al mensajero.

—¿Quién manda en el Parque?

—Segun nos han dicho dos capitanes de artillería.

—¿Sus nombres?

—No los recuerdo, monseñor.

—¿Es el uno D. Luis Daoiz?

—Daoiz, monseñor: no tengo duda.

—¿Será el otro D. Pedro Velarde?

—Exactamente, exactamente.

—¡Maldicion! Velarde y Daoiz: todo se ha perdido, señores.

El gran duque inclinó la cabeza y se mordió los labios fuertemente, y murmuró.

—Daoiz y Velarde, Daoiz y Velarde: ya se ha cumplido á Daoiz el gusto de encontrarse conmigo frente á frente, yo combatiendo como francés por Napoleon Bonaparte, y él como español por Fernando. Daoiz morirá mil y mil veces antes de rendirme su espada. Velarde, Velarde: le ofendí de una manera poco noble y me ha jurado guerra á muerte: habrá jurado sobre la cruz de su tizona ó sobre la mano de su dama vencer ó morir, y cumplirá su juramento. Los dos son valientes, son altivos; serán capitanes y soldados, manejarán á un mismo tiempo la espada, el fusil y el cañon, y serán unos Bonapartes en las trincheras de Tolon.

El nombre de Pedro Velarde habia causado alguna impresion en los generales franceses, porque todos le conocian, admiraban su gran talento y su incomparable valor, llenándolos tambien de asombro el que un hombre tan bien avenido en apariencia con los franceses fuera el primero á combatirlos, atropellando la ordenanza y las órdenes de sus gefes. El gran duque permanecia absorto; pero el entendido mariscal Moncey le llamó la atencion diciéndole.

—Monseñor, las horas se pasan y convie-

ne obrar con presteza. Medite V. A. y mande, ¿Son esos hombres invencibles?

Murat despertó de su sueño y para ocultar el temor que habia manifestado poco antes habló con soberbia arrogancia.

—El Parque debe ser mirado como posicion respetable: se pondrá en movimiento al punto la primera division Wesfaliana, reforzada con dos escuadrones y cuatro piezas de cañon.

La division se formó en columna, Murat la recorrió al galope, y dirigiéndose al general Lagrange que la mandaba, le dijo:

—Marchad, general, al momento; tomad el Parque á toda costa, y no deis cuartel á ninguno de sus defensores.

—Quedareis, monseñor, satisfecho.

Lagrange deseoso de gloria y de complacer á Murat emprendió al momento su marcha, y bajando por la calle Ancha de San Bernardo, situó dos cañones junto á la fuente de Matalobos para contrarestar los dos que hácia aquel sitio habia asestado y dirigia el intrépido Luis Daoiz; envió refuerzos á Lefranc y practicó un reconocimiento, colocando tropa en los parajes que le parecieron oportunos para un ataque general.

Tomadas estas precauciones, empezó á jugar la batería de la fuente de Matalobos, y la nuestra le contestó; pues aunque Velarde y



Daoiz conocian la inutilidad de aquellos disparos, pero les fué indispensable mandarlos para satisfacer al pueblo que se animaba con el estampido del cañon. La escasez de los artilleros no permitia á Daoiz y Velarde ser capitanes solamente, y armado cada uno con su mecha hacian el servicio de las piezas con admirable exactitud.

Largo rato duró el cañoneo, pues el objeto de Lagrange era hacer que los españoles agotasen sus municiones, que sabia no eran abundantes, sin demostracion de otra especie; por último, el general francés adelantó una gruesa columna por la calle de San José, entrada á la de San Bernardo, cuyo comandante ondeaba un pañuelo de parlamento. Respetaron nuestros artilleros esta señal; pero notando que al estar cerca de las piezas apuntaban las armas, sin respeto al parlamento que habian pedido, Daoiz y Velarde á un mismo tiempo pusieron fuego á sus cañones, y la formidable columna enteramente destrozada, retrocedió con prontitud, dejando sembrada la calle de cadáveres y moribundos.

Empezó de nuevo el cañoneo con mucho ardor por los franceses y con lentitud por nuestra parte, pues las municiones se agotaban de una manera lastimosa. En situacion tan apurada dejó Velarde su cañon y se dirigió á los

almacenes por si encontraba alguna cosa con que suplir á la metralla. Luis Daoiz , sereno y animoso , iba entreteniendo el cañoneo de la mejor manera posible , euando vino un casco de metralla , que penetrándole en el muslo le hirió de mucha gravedad. El semblante del artillero no dió señales de dolor; pero vaciló de repente y tuvo que buscar apoyo en uno de los dos cañones. En este momento Velarde venia conduciendo un cajon enteramente satisfecho.

— ¿Qué haces , Luis ? preguntó á su amigo.

—He disparado el último saco de metralla y me he sentado sobre el cañon. ¿Qué me traes de bueno, Velarde?

—Un cajon de piedras de chispas que he encontrado en los almacenes.

—Pequeño socorro ¡por Dios! En cambio de buena metralla les daremos piedras de chispas. Mucho perderán en el cambio.

—No tanto como tú te crees. Carguemos bien nuestros cañones , no respondamos á sus fuegos , vendrán al asalto creídos en que no tenemos municiones , les dejamos aproximar á medio tiro de pistola , y entonces las piedras de chispas llegarán sin dificultad al corazon de los franceses.

Luis no replicó una palabra , pero al ir á

cargar su cañon estuvo á punto de caer : Velarde lo notó y le dijo.

—¿Qué tienes, Luis?

—Nada, Velarde.

—Estás herido sin remedio: la sangre te tiñe el calzon.

—He recibido una leve herida en un muslo.

—No te puedes tener en pie. Retírate, por Dios, Daoiz.

—Imposible, Pedro, imposible. He jurado vencer ó morir sobre este cañon, amigo mio, y cumpliré mi juramento.

—Acuérdate, Luis, de tu hermana.

—Te la encargué al darte su mano de esposa.

—Acuérdate, Luis....

—Solo me acuerdo de mis celos contra el gran duque. Has que saquen el otro cañon y busca algunas municiones.

—Luis....

—No me repliques mas, Velarde: soy el capitán mas antiguo y estás obligado á obedecerme.

Velarde se entró en el edificio, y Luis sentado en el cañon y con una mecha en la mano esperaba el momento oportuno de dispararlo al enemigo, sin cuidarse de la metralla que silbaba á su alrededor.

En tanto que llega este momento justo nos



parece dirijirnos á la confluencia de las cuatro calles, en donde, como narramos á su tiempo, se habia colocado un cañon. Aunque lo mas récio del ataque tenia lugar hácia la calle de San Bernardo, no se descuidaban tampoco los franceses en este punto, y de los tres viejos artilleros que tuvo de dotacion la pieza dos estaban á su pie sin vida y muy mal herido el tercero. Los franceses se adelantaban habiendo recibido órden de dar un ataque general, el artillero fué á aplicar la mecha, pero una bala de fusil traspasándole el corazon, lo reunió con sus compañeros que habian muerto por la misma causa. Sobrecogidos los paisanos con tan importante desgracia veian acercarse al enemigo, y aunque disparaban algunos tiros, descuidaban su principal defensa que consistia en aquel cañon. Conociendo bien los franceses la ventaja que habian adquirido, y no queriendo desperdiciarla, se adelantaron á la carrera no dudando un momento del triunfo que la suerte les preparaba. Gozosos y arma á discrecion apenas distaban veinte pasos de la pieza de artillería, cuando una muger de ojos negros y frente altiva se abre paso resueltamente, coje la mecha, la aplica al cañon, y retrocede la columna perseguida por los gemidos de los soldados moribundos que se arrastraban en pos de ella. Una muger

habia triunfado, y esta muger era Dolores.

Animada con tan buen suceso formó una falanje de mugeres, y todas ellas se consagraron al servicio de aquel cañon.

Los franceses no desmayaban á pesar de sus crecidas pérdidas; habian ocupado poco á poco varios edificios contiguos á la casa de Monteleon, y hostilizaban de mil maneras á los defensores del Parque. A cada momento recibian tropas que llegaban de refresco, y con la certidumbre de vencer calculaban detenidamente todos los medios del ataque. Daoiz permanecia recostado sobre su cañon impaciente con la tardanza de su amigo: este se habia dirigido al gran patio, y lo atravesaba tranquilo, sin hacer caso de las balas que cruzaban sobre su cabeza. Apesadumbrado en extremo por el mal estado de Daoiz procuraba despachar cuanto antes para sostenerlo ó retirarlo y daba sus órdenes á Ruiz, que se batia bizarramente con los voluntarios del Estado. El oficial de infantería vió á Velarde ponerse pálido, vacilar un instante y caer; sus labios se habian contraido, pero en vez de lanzar un ¡ay! habian murmurado dos nombres: estos nombres eran *Luis* y *Rosa*. Al caer el héroe se presentó un artillero de ochenta años y dijo á Ruiz.

—Mi teniente; ¿ha visto V. al capitan Velarde?

—En este momento, replicó Ruiz con las lágrimas en los ojos acaba una bala francesa de traspasarle el corazón.

—¡Dios mio! murmuró el artillero y salió al instante del Parque.

—¿Vendrá pronto? le preguntó Luis al punto de descubrirlo.

—El capitán Velarde ha muerto, (1) dijo secamente el veterano.

—Pobre hermana mia, murmuró Luis, en un día pierdes á tu fiel amante y á tu hermano.

El general francés Lagrange quiso terminar de una vez tan obstinada resistencia, y comunicó orden á las columnas para que ataca-

(1) El cuerpo desnudo de Velarde se encontró entre varios cadáveres; y envolviéndolo en una tienda de campaña, fué al entierramiento de los mártires, donde para amortajarle, se presentó una persona desconocida con un hábito franciscano de limosna. Contaba entonces D. Pedro Velarde 28 años, seis meses y siete días de edad, y 14 años, seis meses y diez y siete días de servicio.

En 1814 fué exhumado y se depositaron sus restos en la Real iglesia de San Isidro dentro de una urna, y en 1841 fueron colocados en el monumento del campo de la lealtad. Goza los honores fúnebres de capitán general con mando; se coloca siempre á la cabeza de la clase de capitanes de artillería, y pasa revista *como presente* en el regimiento donde reside en el departamento donde está el colegio.

Las autoridades de Madrid, por falta de ánimo sin duda, permitieron en dos de mayo de 1808 que Velarde fuera enterrado con un hábito de limosna; y cuando en 1839 se inauguraba un monumento á la memoria de las víctimas, deseando la sociedad Numismática que por el ayuntamiento de Madrid se acuñase una medalla digna de perpetuar tan altos hechos, lo solicitó en espo-



sen á un tiempo. Puesto al frente de la division wesfaliana entró por la parte inferior de la calle de San José; Daoiz dejó que se aproximara, y cuando la tuvo á veinte pasos disparó uno de sus cañones: las primeras filas de la columna quedaron fuera de combate: Luis iba á disparar el otro, pero Lagrange empezó á ondear un pañuelo blanco, haciendo señal de parlamento. Levantó su mecha el artillero, echó una mirada en derredor, vió á los pocos que resistian tuvo compasion de aquellos valientes, y desenvainando su espada dejó al francés que se acercase.

Llegado Lagrange al cañon en que se apoyaba Daoiz, le dijo, como parodiando las pala-

sion de 30 de abril de 1839, y se la contestó en oficio fecha 24 de mayo, comisionándola para que presentase el diseño y un presupuesto del coste que podria tener. A fin de contestar con exactitud, ofició la sociedad al director del departamento de grabado de la casa nacional de moneda, y este manifestó que los troqueles tendrian de costo SEIS MIL REALES. Asi lo dijo la sociedad al ayuntamiento en julio del mismo año, contestándosele, en oficio fecha 28 de setiembre, serle imposible verificarlo por la escasez de fondos. El ayuntamiento de Madrid no pudo disponer de SEIS MIL REALES para inmortalizar la memoria de las victimas del Dos de Mayo, porque ese monumento de piedra se desplomará con los años, ó lo destruirá una invasion, mientras la medalla vive para siempre; pero D. Basilio Sebastian Castellanos, D. Francisco Bermudez de Sotomayor, D. Nicolás Fernandez y D. Pedro Gonzalez Mate, con mas medios ó mas patriotismo costearon la ejecucion del medallon en plata y bronce, y remitieron ejemplares á S. M., al ayuntamiento, para que se depositasen con las cenizas de los héroes, y guardaran en el archivo de la villa, y á muchos gabinetes numismáticos de Europa.

bras que tres horas antes había dirigido Velarde al comandante francés del Parque.

—Capitan, entregue V. la espada.

Luis le miró con frio desden, y le preguntó con tono firme.

—¿Sabe V. mi nombre, general?

—No creo necesario saberlo.

—Para hacerme proposiciones es muy conveniente. Me llamo Luis Daoiz.

—Rendid la espada, Luis Daoiz, al general francés Lagrange.

—¡Jamás, jamás! Retroceded á la cabeza de vuestra columna, está rota la negociacion, porque Luis Daoiz no se rinde.

En vez de retroceder Lagrange á la cabeza de su columna, como las leyes militares y las del honor lo exijian, levantó su sable de improviso y acometió al noble artillero. Luis paró el golpe con destreza y dirigió una fuerte estocada á su cauteloso adversario, que tiñó de sangre el uniforme del aleve y pérfido general. Lagrange lanzó un agudo grito, y las espadas de cien oficiales y las bayonetas de mil soldados amenazaron á un mismo tiempo el pecho del pundonoroso capitan. Daoiz miraba llegar la muerte bajo mil formas diferentes sin que se menguase su valor: un solo pensamiento le afligia, la suerte de su hermana Rosa. Aunque decidido á morir, quiso vender cara su vida, y

vuelto de espaldas al cañon sostuvo valerosamente un encarnizado combate contra la division entera; pero el valor de un solo hombre no podia triunfar de ningun modo de la ferocidad de mil. Acuchillado por todas partes, se iban agotando sus fuerzas con la mucha sangre que perdia, y traspasado de cien estocadas cayó moribundo sobre el cañon. En el momento de caer un hombre cubierto de sangre que llegaba á toda carrera le sostuvo, diciéndole con voz solemne.

—Se cumplieron los baticinios.

—Manuel: murmuró el moribundo y quedó en sus brazos sin sentido.

Los franceses se abalanzaron al momento al interior del Parque, en el que se defendian bizarramente los voluntarios del Estado, dejando en la calle á Daoiz, reclinado sobre el cañon y sostenido por Manuel, que le miraba tiernamente. Una muger ennegrecida por el denso humo de la pólvora, se acercó á aquel grupo doliente, y arrodillándose ante Manuel le dijo con voz dulce y sumisa.

—Perdóname, por Dios, perdóname.

—¡Dolores! exclamó Manuel.

—Dolores soy.

—Aléjate de aqui infame manceba de nuestros viles asesinos.

Manuel la empujó rudamente, y la jóven cayó desmayada.



---



---

## CAPITULO XXIX.

---

### Cuadro sinóptico.

Hemos narrado en los artículos precedentes los principales hechos de armas que tuvieron lugar en la heroica villa de Madrid; pero no por esto queda terminada la tarea, y formaríamos gruesos volúmenes si hubiéramos de individualizarlos. En la Plaza Mayor, en la calle del mismo nombre, en las de Atocha y Alcalá, en las de Toledo y Hortaleza, en las de Fuencarral y el Prado, en la Carrera de

San Gerónimo, en las plazuelas de Palacio, Cebada y Villa; en una palabra, en todo punto donde se mostraba un francés, allí se trababa un combate, corriendo la sangre española, pero en mucha mas abundancia la de los soldados franceses.

Referir los hechos de valor, de abnegación y patriotismo seria llenar estensas páginas y copiarse mil y mil veces. En la calle Mayor una anciana, instada á que se retirase porque las balas se cruzaban, responde con noble entusiasmo: «he cumplido noventa años, y será una dicha para mí haber llegado á esta edad si muero por mi religion, por mi rey y por la independenciam de mi patria.» Un albañil que trabajaba en la calle de las Platerías ve adelantarse á unos mamelucos, y apoderándose de un grueso madero que daba sosten á una andamiada, lo arroja sobre los enemigos y deja cadáver á uno de ellos. Todos acometen y resisten. «Los hubo que ven-  
 »diendo caras sus vidas se arrojaron en medio  
 »de las filas francesas hiriendo y matando  
 »hasta dar el postrer aliento: hubo otros que  
 »parapetándose en las esquinas de las calles  
 »iban de una en otra haciendo continuado y  
 »mortífero fuego: algunos tambien en vez  
 »de huir aguardaban á pie firme ó asestaban  
 »su último y furibundo golpe contra el gefe

»ú oficial conocido por sus insignias.» (1)  
 «Viéronse jóvenes resueltos, sin mas armas  
 »que un puñal ó un palo, arrojarle con el  
 »mayor denuedo á los franceses y morir con-  
 »tentos despues de haber atravesado á dos ó  
 »tres de estos: otros desde las esquinas asesta-  
 »ban sus tiros contra los edecanes que condu-  
 »cian órdenes: otros, reunidos en corto nú-  
 »mero, hicieron retroceder grandes masas de  
 »caballeria: otros, saltando con la mayor agili-  
 »dad sobre los caballos del enemigo, derri-  
 »baban á puñaladas á los ginetes, haciéndose  
 »dueños del caballo y de las armas. Las mu-  
 »geres desde los balcones arrojaban tiestos,  
 »ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las  
 »tropas francesas que recorrian las calles, y  
 »hasta los niños tomaban parte en esta he-  
 »rónica lucha; y asi se vieron muchos descal-  
 »zos de pie y pierna, que á diez pasos de dis-  
 »tancia tiraban piedras á los dragones forma-  
 »dos en escuadron.» (2)

La resistencia era inaudita, fiera y obsti-  
 nada: los intrépidos soldados de Lodi, de Casti-  
 glione y Millesino, no sabian cómo defender-  
 se, y el gran duque de Berg, acusándose de  
 imprudente, temblaba por su persona y por su

(1) Toreno.

(2) Muñoz Maldonado.